

vergüenza y de rubor, despues de haber confesado ingenuamente, *me he equivocado, dispensadme, no tengo razon*, se despidió modestamente y al bajar la escalera del tribunal se oyó que decia: *mundo traidor, te he conocido; no cuentes ya conmigo*. Al salir de allí se volvió inmediatamente á su casa, donde encerrándose en un aposento, y deshaciéndose en lágrimas delante de su Señor crucificado, estuvo por espacio de tres dias consecutivos sin salir ni aun para ir á la mesa, á pesar de las reiteradas instancias de sus padres. Aquí fué justamente donde Alfonso resolvió abandonar el foro y la defensa de las causas de los hombres, para consagrarse al ministerio eclesiástico y á defender las causas de Dios y de las almas: por donde se ve que si una mentira casi desapercibida removió de esta profesion á un Andrés Avelino, la pérdida de un pleito por mero equívoco y sin culpa alguna, debia retraer de ella á Alfonso.

## CAPITULO IV.

Vocacion de San Alfonso al estado eclesiástico, cumplida por él contra los mayores obstáculos.

En este retiro, ó llámese soledad de tres dias; le habló Dios con mayor claridad al corazon, y le hizo entender que abandonase el mundo y se hiciese su ministro en el estado eclesiástico. A esta voz, el joven Alfonso no pudo dejar de resentir en su interior el mas fuerte y penoso contraste, producido por el respeto y el amor que tenia justamente á su padre y por la pronta obediencia que tambien debia al divino llamamiento. Sin embargo, considerando que es mas conveniente obedecer la voz de Dios que la del hombre, sin decir nada á su padre, fué á verse con su director, le abrió su corazon y le manifestó la resolucion que habia tomado; y con su aprobacion despidió inmediatamente con un pretesto honroso á todos sus clientes, y se desprendió enteramente de las causas y de las intrigas del foro. El padre, que aun ignoraba el disgusto de Alfonso por lo acontecido en el tribunal y la resolucion que habia tomado, le dijo una noche que se dispusiese para ir á la mañana siguiente á una junta sobre un negocio que le interesaba directamente. *Padre mio*, le respondió Alfonso con mo-

destia, *podeis ver á otro para eso, porque yo no tengo mas negocio de que ocuparme que el negocio de mi alma.* El padre se quedó atónito al oír una respuesta tan inesperada, y altamente lastimado su corazón, prorumpió en un copioso llanto, porque comprendió muy bien la resolución de su hijo, y vió que todas sus esperanzas quedaban desvanecidas en un momento. Pero el negocio estuvo un poco peor, cuando siendo día de gala en la corte y haciéndose la cuecaña delante del palacio en honor de la emperatriz, quería su padre que lo acompañase á palacio al besamano y á ver la mencionada cuecaña; porque habiendo respondido Alfonso con frialdad á su invitación, *¿y que voy yo á hacer allí?* se encolerizó por la repulsa y se puso tan furioso, que de nada sirvió que el hijo viendo tan alterado á su padre, añadiese inmediatamente: *pues bien, estoy pronto á ir,* pues que volviéndole con despecho las espaldas y lleno de disgusto, en vez de ir á palacio se fué á su casa de campo de Marianella.

No poco sorprendido y confuso quedó Alfonso con este acontecimiento; pero al mismo tiempo la luz de la gracia lo iluminó mucho mas y lo confirmó en la resolución que habia tomado. *¡Oh mundo!* dijo en su interior, *no sé cómo hacer para contentarte; si digo no, te encolerizas; si digo sí, es peor. ¡Oh mundo! cuanto mas vivo, mas te conozco.* Y diciendo esto, se fué di-

rectamente al hospital de los incurables, para aliviar algo su espíritu, con tanta mas razón, cuanto que era Domingo. Hallándose allí prestando los caritativos servicios de costumbre á aquellos pobres enfermos, vió repentinamente que toda la casa se trastornó de arriba abajo, y oyó como una voz que le decía: *¿qué haces en medio del mundo?* Al principio no hizo caso de esto, y continuó sirviendo á los enfermos; pero al salir de este sitio, fué sorprendido por una gran luz: vió de nuevo trastornarse de arriba abajo todo el hospital, y oyó la misma voz interior que le repetía: *¿qué haces en medio del mundo?* Entonces comprendió muy bien lo que significaba todo aquello; esto es, que debía vencer la carne y la sangre para entregarse todo á Dios: con esto, lleno de valor y de confianza, inspirado de lo alto, se ofreció en holocausto al Señor, respondiendo luego luego, á ejemplo de San Pablo: *Señor, tenéis razon: aquí me tenéis, haced de mí lo que querais.* Luego, entrando sin mas demora en la iglesia inmediata de la redención de cautivos, ante la puerta Scioscella, donde aquel día estaba el jubileo de las cuarenta horas, renovó con todo el fervor de su corazón la total oferta de sí mismo al Señor; y en señal de su resolución, se quitó la espada de la cintura y la puso como en señal de triunfo en el altar de la Santísima Virgen de la Merced. No contento

con esto, para conocer aun con mas claridad la voluntad divina, y para no errar en un negocio de tanta importancia como es el de la eleccion de estado, se dirigió al padre Pagano, su director, quien despues de oír todo lo acaecido, y despues de un maduro exámen, aprobó su resolucion y lo confirmó en ella.

Al consagrarse Alfonso á Dios, tenia intencion de pertenecer á los padres del Oratorio de San Felipe Neri, llamados Gerónimos; y el padre Pagano, así como todos los demas, lo habrian admitido de muy buena voluntad en su congregacion; pero sabiendo bien la grande oposicion del padre, que solo al oír hablar de la resolucion de su hijo salia fuera de sí, resolvieron no admitirlo, si antes no se obtenia su consentimiento. En efecto, así como Alfonso procuraba por todos los medios posibles llevar al cabo su vocacion, así el padre por su parte no perdonaba medio para impedírsela y apartarlo enteramente de ella. El lo veia con mala cara, fingia despreciarlo, lo maltrataba, y llegó hasta hacerlo andar con los vestidos rotos. Por otra parte, viendo que con la aspereza y el duro trato no adelantaba nada, usaba alguna vez de la dulzura, y de cuando en cuando, abrazándolo tiernamente porque realmente lo amaba, le decia con el corazon en los lábios: *hijo mio, no me abandones.* Entre tanto, la pia madre sabia y lo veia todo; pero

guardaba siempre un profundo silencio, porque mientras que veia con ojos amorosos y con el corazon adolorido á su hijo, no tenia aliento para hablarle.

Por último, viendo el padre que todos los medios de que se habia servido habian sido en vano, y que el hijo iba siempre confirmándose mas y mas y trabajando para llevar á cabo su resolucion, se dirigió á algunos amigos y parientes, esperando que éstos con su influjo y sus maneras pudiesen persuadirlo y apartarlo de su idea, y hacerle volver á tomar la ocupacion del foro. Con esto recurrió entre otros, al padre abate Mira, monge Casinés, hermano del consejero Mira, y éste, despues de una larga conversacion con Alfonso, no pudo obtener otra respuesta, sino que Dios lo llamaba, y que él no podia dejar de corresponder á su llamamiento. Luego se dirigió á Monseñor D. Emilio Jacobo Cavalieri su cuñado, persona de autoridad y de santa vida; pero éste, en vez de aceptar el encargo, se mostró desde luego abogado de su sobrino, y poniéndose él mismo por ejemplo, le respondió francamente: *hermano mio, tambien yo he dejado el mundo y he renunciado la primogenitura por salvarme; por esto vereis si puedo aconsejar lo contrario; si así lo hiciera, me consideraria perdido.*

Despues de todos estos pasos y tentativas enteramente inútiles, parecia que el padre se calmaba al

gun tanto y que se reconciliaba con Alfonso. Entonces pensó éste interponer para con su padre al mismo Monseñor Cavalieri, su tío materno, y á su director el padre Pagano, los que tanto hicieron y dijeron, que al fin lograron hacerlo consentir en que su hijo tomase el estado eclesiástico, con la condicion, sin embargo, de que se quedase viviendo en su casa, y que no entrase, como queria, en la congregacion de los padres Gerónimos.

Muy grande fué el regocijo y el consuelo de Alfonso al oír esta noticia, aunque vió que no podia llevar á cabo todo su primer intento, que era el de incorporarse con los padres Gerónimos. Con esto renunció inmediatamente á las bodas contratadas por su padre entre él y la jóven princesa de Presiccio, la que impuesta de lo ocurrido, eligió tambien, á su ejemplo, el estado religioso en el noble monasterio del Santísimo Sacramento de Nápoles, donde vivió y murió santamente, y cuya vida escribió despues Alfonso. Renunció tambien la pingüe primogenitura de su ilustre familia en favor de su hermano D. Hércules, sin reservarse la mas leve cantidad, y por consiguiente renunció tambien á todos los honores y demas cosas del mundo. Despues de todo esto, su mismo padre debia, contra toda su voluntad, presentarlo al cardenal Pignatelli, arzobispo entonces de Nápoles.

Por otro lado se le daban largas al negocio, con el pretesto de que no habia dinero en casa para comprar los vestidos de eclesiástico. ¿Pero qué? Alfonso que no veía la hora de dejar hasta la divisa esterna del siglo y vestir la de la milicia eclesiástica, sin que el padre supiese nada, se proveyó de todo lo necesario, y el 23 de Octubre de 1723 en que acababa de entrar en el vigésimo sétimo año de su edad, se presentó á su padre, de improviso, vestido de eclesiástico. Luego que éste lo vió en ese traje, dió un fuerte grito, se arrojó á la cama y no volvió á hablar en el espacio de un año; pero Alfonso, lleno de júbilo y contentísimo con su nuevo estado, dirigió todos sus pensamientos y sus solicitudes á hacerse merecedor y á corresponder á las gracias de aquel Dios, que despues de haber hecho una tan dura y tan larga prueba de su constancia y de su virtud, habia, en fin, por su infinita misericordia, escuchado completamente los votos y las súplicas de Alfonso.